

# El tiempo recuperado

**Cine** La adaptación de 'Las ilusiones perdidas', el clásico de Balzac actualizado por Xavier Giannoli, nos sumerge en el mundo de la prensa decimonónica

Arriba, Benjamin Voisin como Lucien de Rubempré; a la derecha, con Vincent Lacoste (Étienne Lousteau en la película), y, abajo, con Cécile de France (Madame de Bargeton)

PHILIPP ENGEL

Marcel Proust admiraba a Balzac como semiólogo, un avezado descodificador de las claves de su tiempo, y esa también es la óptica con la que Xavier Giannoli aborda la primera gran adaptación del volumen central de *Las ilusiones perdidas*, que nos zambulle en el París de la Restauración, a principios del siglo XIX, cuando, tras la caída de Napoleón, reina el borbón Luis XVIII, un monarca que contenta a la aristocracia al tiempo que auspicia el progreso.

Presentada en la Mostra de Venecia, *Las ilusiones perdidas* es un gran fresco social rodado en un París sin trampa ni cartón, que huye del academicismo plúmbeo, para llevarnos de la mano, al

**Hay sobre todo venenosas intrigas, entre pérfidos aristócratas y burgueses advenedizos; y amoríos, relegados a segundo plano**

son de una incesante colección de *clásicos populares*, por el famoso Boulevard du Crime, en el que se alineaban los teatrillos populares, que congregaban a miles de espectadores todas las noches. Por gentileza del barón Haussmann, el gran reformador urbanístico, sólo queda uno en pie: el Théâtre Déjazet, que era el único que se erigía en la orilla Oeste de la avenida que baja de la plaza République rumbo a la Bastille. Es el mismo ambiente que el de *Los niños del paraíso* (1945),

la inolvidable obra maestra de Marcel Carné. Ahí es donde aterriza Lucien de Rubempré, nacido Chardon (cardo), un joven provinciano –al que da vida Benjamin Voisin (revelado en *Verano del 85*, de François Ozon)– con alma de poeta, que tampoco tardará demasiado en despojarse de su torpe ingenuidad para adaptarse a las amorales reglas del juego de la mano de un cínico crítico literario encarnado por el siempre simpático Vincent Lacoste.

Hay que decir que los subrayados paralelismos entre los métodos gansteriles de la prensa popular, que florecía a golpe de anuncios de cosméticos, y la posverdad de la era digital, no han sentado del todo bien a la prensa cultural francesa,

**Sintetizar una novela de más de setecientas páginas en dos horas y media subraya la grandeza del cine sobre las series**

ahora mismo muy preocupada por su futuro. Pero, al margen de las inevitables susceptibilidades, la inmersión en ese mundillo canallesco, donde las opiniones favorables de la crítica se venden al mejor postor, resulta impagable. Y contiene uno de los mejores chistes sobre lo que pudiera ser la misión del crítico, cinematográfico o de cualquier otra especialidad. Se lo cuenta Lacoste a Voisin, y es una crítica al mismísimo Jesucristo cuando acaba de caminar sobre las

aguas: “¡No sabe nadar!”. Nunca positivo, siempre negativo.

Hay amoríos, aunque relegados a un segundo plano –Rubempré está entre Madame de Bargeton (Cécile de France), que le ha humillado, y Coralie, la actriz de boulevard (Salomé Dewaels), que le ha acogido en su seno–, y sobre todo venenosas intrigas entre pérfidos aristócratas y burgueses advenedizos que construyen su poder con secretas alianzas entre la prensa y las grandes empresas, a través de las páginas publicitarias. La galería de secundarios es estelar: Gérard Depardieu es el editor Dauriat, que Giannoli convierte en un analfabeto; Louis-Do de Lencquesaing es el director del auténtico rotativo *Le Corsaire*, que Giannoli fusiona con *Le Satan*, algo que

no se hizo realidad hasta tiempo después, en 1844; Jeanne Balibar es una marquesa de Espard mucho más madura que en la novela, y Xavier Dolan interpreta a Nathan d’Anastazio, que concentra a varios personajes de Balzac, incluido un alter ego del propio escritor. También aparece un singular personaje, encargado de encumbrar o arruinar las obras del Bulevar del Crimen, que no existe en *La comedia humana*, pero que aquí sirve para subrayar, de manera grotesca, la correlación entre el éxito y el soborno de una prensa que nunca pondría por delante criterios de calidad artística.

Como se ve, Giannoli, se ha tomado no pocas libertades respecto a la obra que el mismo Balzac consideraba como el corazón de *La comedia humana*, que congrega hasta noventa escritos de todos los géneros y dimensiones. Sintetizar una novela de 744 páginas –en su edición de

Literatura Random House– en apenas dos horas y media de espectáculo implica obviamente tomar decisiones, y eso también subraya la grandeza del cine sobre las series, porque no puede conformarse con ser una pálida imitación, un audiolibro con imágenes. Giannoli se toma no pocas licencias poéticas y, como se ha dicho, incluso arriesga algún anacronismo, caso de *Le Corsaire-Satan*, que por cierto dirigió Lepoitevin Saint-Alme, colaborador de Balzac y también fundador de *Le Figaro*. Pero esa libertad con la cronología, “como en un terreno en el que las lavas de diferentes tiempos se mezclan”, es justo lo que Proust admiraba del modelo que le insufló la fuerza para un proyecto tan ambicioso como *En busca del tiempo perdido*.



También puede parecer que Giannoli, asistido por el histórico guionista Jacques Fieschi, se ha dedicado a ennegrecer la novela, suprimiendo toda virtud, hasta convertirla en un reflejo de nuestra despiadada actualidad, pero en algunos casos no es así: la Madame de Bargeton que imaginó el Porthos de la literatura decimonónica francesa fue mucho más implacable con Lucien. Aquí todavía tiene su corazoncito, aunque no lo use mucho. |



ANDERS SUNE BERG

HANNAH UPRITCHARD

**En la peana**

Tras numerosos avatares, tras superar también restricciones por la covid, el chicle de Nina Simone llegó a su lugar de exposición

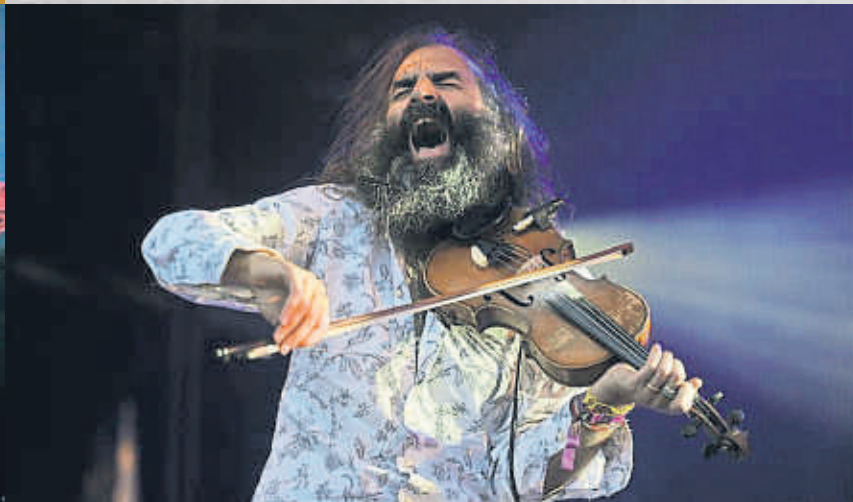
**Joya**

Aprovechando su salida a la luz para la exposición, el chicle también fue convertido en una pequeña joya de plata



Nina Simone en un concierto en Londres pocas semanas después del ofrecido en el Royal Festival Hall en el que enganchó un chicle en el piano. Incluso vestía el mismo atuendo. A la derecha, Warren Ellis

FOTOS GETTY

**IGNASI MOYA**

Warren Ellis es un músico australiano, miembro del grupo de rock instrumental Dirty Three pero sobre todo conocido por su colaboración con Nick Cave formando parte de la banda The Bad Seeds. Y desde hace poco podemos decir también que Ellis es escritor, un escritor como mínimo original que acaba de publicar su primer libro, *El chicle de Nina Simone*.

Semejante título ya nos da pistas de que no se trata de unas memorias al uso, habituales entre muchas estrellas de la música. Es más bien un relato de difícil clasificación en el que la anécdota –el chicle de Nina Simone– se eleva a categoría –o alegoría– de toda una serie de cuestiones que de un modo u otro son importantes en la vida de Ellis: la música, el arte, la creación, la conexión con otras personas, la magia de los objetos, los misterios que salpican nuestras vidas...

Pero vayamos por partes. ¿Cuál es la anécdota del chicle que da pie a esta historia? El 1 de julio de 1999 Nina Simone, icono de la música negra del siglo XX, delicada de salud y ya en horas bajas (falleció en el 2003), ofreció un concierto en Londres organizado por Nick Cave. Simone salió al escenario del Royal Festival Hall masticando chicle, se sentó al piano y, antes de empezar a cantar, se sacó el chicle de la boca y lo dejó enganchado en el piano. Con el primer tema que interpretó, dio la sensación de que la gran diva del jazz estaba desconectada, pero a partir del

siguiente prendió la luz y el concierto acabó con el calificativo de memorable para los presentes. Entre estos se encontraba Warren Ellis, por aquel entonces ya colaborador de Cave. Ellis se había dado cuenta del gesto de Simone con el chicle, y al finalizar la actuación no pudo resistir el impulso de, con el escenario ya vacío, acercarse al piano, recoger el chicle con una toalla que la cantante también había abandonado y llevárselo.

Este gesto que podríamos llamar de *apropiación objetual* era por pocos conocido y no habría pasado de ocurrencia a no ser que, muchos años después (verano del 2019), Nick Cave le pidió a Ellis si tenía algo que pudiera formar

parte de una exposición (*Stranger Than Kindness*) que estaba preparando sobre su vida y trabajo. Y a Ellis no se le ocurrió otra cosa que ofrecerle un viejo violín (el instrumento que suele tocar junto a Cave) y ¡el chicle de Nina Simone! Pero convertir aquel pequeño pedazo de goma de mascar en un objeto expositivo no iba a ser tarea fácil y el periplo que siguió dio pie además al primer y sugerente libro –generosamente ilustrado con fotografías– escrito por el músico propietario de la museística pieza.

Entre *objet trouvé*, pequeño desperdicio y fetiche sagrado, el chicle viaja y empieza a formar parte de las vidas de otras gentes. Y despierta en su propie-

tario –o depositario– ideas, recuerdos y fantasmas. Son así convocados sus primeros instrumentos, un acordeón recogido de un vertedero cuando era niño, su primer violín, la flauta que estaba tocando un día en la habitación cuando sintió que se le aparecía el fantasma de Beethoven... Porque en su descubrimiento de *la magia de la música*, Ellis se acompaña de instrumentos y de músicos: Beethoven, Nina Simone (“una mujer tocada por la mano de Dios”) y Alice Coltrane, tres pilares artísticos que le han acompañado a lo largo de los años, desde su Australia natal hasta París, donde vive desde hace años.

Y a través de los objetos –el músico se confiesa coleccionista de los artefactos más extraños–, de artistas y otros personajes, Ellis deja discurrir la memoria. Desde la infancia hasta hoy mismo. Y en cada escena va descubriendo obsesiones, supersticiones y aprendizajes. Cómo aprender a desprenderse de las cosas, a conectar con los demás, a confiar en los otros, a reconocer los resortes de la creatividad, a reconocer eso que Nick Cave llama “el poder trascendental de la música”. Un poder que puede, de forma casi milagrosa, encontrarse escondido en un chicle ya masticado, guardado durante dos décadas envuelto en una toalla. Un chicle que se convierte en joya. Y en símbolo. |

**Música** Warren Ellis hilvana en su primer libro un relato alegórico con Nina Simone como protagonista

# El chicle como metáfora

**Warren Ellis****El chicle de Nina Simone**PRÓLOGO DE NICK CAVE. TRADUCCIÓN DE NÚRIA MOLINES  
ALPHA DECAY. 232 PÁGINAS. 22,90 EUROS